



EDUCACIÓN LA RELACIÓN CON LOS HIJOS

LLEGAN LOS 'PADRES HELICÓPTERO'

Son los progenitores hiperprotectores que sobrevuelan constantemente sobre la vida de sus hijos, pendientes de sus necesidades y de su futuro hasta límites insospechados. La desigualdad y la crisis económica provocan que las familias sean menos permisivas, más controladoras y mucho más exigentes con la educación.

OLGA R. SANMARTÍN

ILUSTRACIÓN DE ULISES CULEBRO

Si usted se empeña en acompañar a su hijo a una entrevista de trabajo o rellenar por él la solicitud de ingreso en la universidad, es, le guste o no, un *padre helicóptero*. Así se conoce a los progenitores hiperprotectores que sobrevuelan sin cesar sobre la vida de sus hijos, pendientes a todas horas de sus necesidades, de sus deseos y de su futuro.

El término es muy popular en EEUU—donde uno de cada 10 estudiantes tiene este tipo de padres—y desde hace poco comienza a oírse también en España. El fenómeno se está expandiendo en nuestro país debido, en buena medida, a la inseguridad que ha instalado la crisis en las familias tras una década de crecimiento económico por la llegada de un mundo indefinido cuyas reglas nadie acaba de entender del todo bien.

Según un estudio publicado recientemente en el National Bureau of Economic Research por los economistas Fabrizio Zilibotti y Matthias Doepke, la desigualdad y la crisis económica cambian los métodos educativos y hacen a los padres menos permisivos y más controladores.

El trabajo—que llega cuando el economista del momento, Thomas Piketty (hoy en Madrid), ha puesto de moda el debate sobre la desigualdad—ha sido muy comentado en el mundo académico porque defiende que la elección del modo en que se educa a los hijos está influenciado por incentivos económicos. Los padres deciden si utilizan un estilo autoritario, persuasivo o permisivo en función de los costes y beneficios que les reporta cada uno. En los años 60 y 70, por ejemplo, se llevaba ser permisivo, entre otras cosas porque los trabajadores poco cualificados ganaban casi tanto como los cualificados y los padres podían permitirse fomentar la imaginación y la independencia de los niños frente a otros valores, como el trabajo puro y duro.

«Los últimos 30 años, por el con-

trario, se han caracterizado por una creciente desigualdad que se ha visto acompañada por el aumento de los rendimientos asociados a la educación. Los niños que no logran completar su educación ya no pueden aspirar a una vida de clase media y, en consecuencia, los padres han redoblado sus esfuerzos para asegurar el éxito de sus hijos», explica a EL MUNDO Fabrizio Zilibotti, catedrático de Macroeconomía y Economía Política de la Universidad de Zurich.

«Esto no quiere decir que haya vuelto a estar de moda el estilo autoritario con castigos corporales», precisa Zilibotti, que acaba de ser elegido presidente de la Asociación Económica Europea. «Al contrario, los padres utilizan cada vez más estilos educativos persuasivos con los que impulsar a los hijos a elegir trabajar más y pensar más en su futuro».

Los modelos autoritario y persuasivo tienen costes en términos de tiempo, esfuerzo y preocupación, pero son rentables porque el hijo responde, en el sentido de que

LA CRISIS Y LA DESIGUALDAD ECONÓMICA HACEN A LOS PADRES MÁS CONTROLADORES CON SUS HIJOS

«LA EXIGENCIA NO SIEMPRE ES BIEN TRASLADADA Y, EN VEZ DE ACOMPAÑARLES, LES SUSTITUYEN»

hace más lo que se espera de él.

El español Antonio Cabrales, catedrático de Economía de la University College London, opina que «la virtud del estudio es que nos explica que los padres que escogen un modelo u otro no están necesariamente equivocados, sino que simplemente reaccionan de manera óptima a sus circunstancias».

«Esto sugiere que los jóvenes

que están a punto de ser padres, y que se dan cuenta de los diferenciales de tasas de paro entre los que tienen sólo la ESO y los que han ido a la universidad, sean más exigentes con sus hijos a la hora de vigilar sus estudios», añade Cabrales.

El trabajo apunta que los estilos educativos que están más encima de los hijos se asocian a las regiones con una mayor desigualdad económica y los más relajados a lugares—como los países escandinavos—con menor desigualdad.

¿Y en España qué ha ocurrido? ¿La situación económica influye para que los padres sean más controladores? «Mi impresión es que sí. En España veníamos de la dictadura y la gente que tuvo hijos inmediatamente después les dio una educación muy permisiva, en parte, como respuesta al régimen. En los años más recientes esto ha ido cambiando. Las familias tienen menos niños y más implicación en cada uno de ellos. Subsistir no es la obsesión básica y se abren a nuevas preocupaciones. Ahora, el futuro de los hijos es lo que adquiere

importancia. La educación es una preocupación social de la que se habla en la calle», responde Antonio Villar, catedrático de Economía de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla e investigador del Instituto Valenciano de Investigaciones Económicas (Ivive).

Mariano Fernández Enguita, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, no tiene tan claro que la economía condicione el modelo educativo escogido por los padres tanto como dicen Zilibotti y Doepke, pero sí cree que «lo que está haciendo la crisis es que la gente se dé cuenta de que se necesita más la educación».

Durante las *vacas gordas*, no necesariamente había que estudiar para encontrar un empleo bien remunerado. Chicos que colgaron los libros a los 15 años encontraban trabajo en la construcción ganando más que un licenciado. Pero ahora los padres son conscientes de que esas matrículas de honor, ese máster, esas prácticas sin remunerar en una firma de renombre son las que van a diferenciar a su hijo de entre

DE LA MANO A LA ENTREVISTA

Una directora de Recursos Humanos entrevista a un chico que aspira a un trabajo. Al día siguiente, el padre del entrevistado le telefona para preguntarle qué tal ha ido. Ella le responde: «¿No cree que esta llamada que acaba de hacer es tan contraproducente que sólo por eso no voy a contratar a su hijo?».

La historia (real y reciente) la cuenta el filósofo José Antonio Marina, pero cualquier educador, psicólogo o persona que trabaje con jóvenes puede contar ejemplos parecidos de 'padres helicóptero'. La psicóloga Silvia Álava constata que hay progenitores que acompañan a sus hijos a entrevistas de trabajo y que incluso quieren estar presentes durante el momento en que se realiza la prueba. «Yo he regañado a

un padre porque acompañó a su hijo a una entrevista. Al chico no le van a coger en la vida, porque da la imagen de que no está capacitado. Incluso sé de padres que admiten que cada día llevan a sus hijos en coche al lugar en el que

éstos trabajan».

Álava sabe más casos de 'padres helicóptero'. Recuerda que, cuando daba clase en la Universidad Autónoma de Madrid, se encontraba con progenitores que acudían a entrevistarse con el profesor para revisar exámenes que habían realizado sus hijos y que no habían obtenido la nota esperada. «Vas a cualquier universidad madrileña el día en que tiene lugar la Prueba de Acceso a la Universidad y no veas la cantidad de padres que hay comiendo con sus hijos. En mi época, cuando era la Selectividad, no había ningún padre y los que la hacíamos comíamos con los amigos. El año pasado pasé por la Universidad



los 2,2 millones de jóvenes menores de 34 años que están en paro.

De ahí que muchas familias opten por modelos educativos más tradicionales frente a proyectos pedagógicos más innovadores. Según la Encuesta Mundial de Valores, el 63% de los españoles apuesta por que sus hijos trabajen duro, frente a otros valores como la independencia y la imaginación, que son más ensalzados en la media de los países de la OCDE, pero aquí no.

De ahí el auge de los rankings sobre los mejores colegios, las mejores universidades y las carreras más demandadas, que son consultados de forma un tanto obsesiva. Las familias sienten que ya no pueden permitirse el lujo de que el hijo estudie Filología Eslava, por mucho que le guste.

«Vivimos en una sociedad cada vez más competitiva, que cada día exige más a nuestros hijos: más conocimientos, habilidades, mejores resultados... Y, al final, esta mayor exigencia es asumida por los padres y no siempre bien trasladada a nuestros hijos: queremos que lle-

guen a su futuro con la *mochila* lo más llena posible y tratando de eliminar cualquier obstáculo, error personal o intelectual que se interponga en su camino», señala el pedagogo Jerónimo García Ugarte, colaborador del portal educativo Superpadres.com.

La crisis ha aumentado la preocupación por el futuro y ha disparado el miedo de los padres a que sus hijos se equivoquen «y a que no sean capaces de alcanzar por sí solos todas esas exigencias que pensamos que la sociedad les demanda», añade. Por eso «intentan sustituirles, en vez de acompañarles en su proceso de maduración».

El filósofo José Antonio Marina está de acuerdo: «Estamos en una cultura del miedo. Hay un sentimiento de precariedad y provisionalidad y una reacción, que es la sobreprotección, el pensar que el niño no va a saber desenvolverse».

Por eso, hay cada vez más *padres helicóptero*, *padres apisonadora* (que allanan el camino para que su hijo no tenga dificultades) y *padres guardaespaldas* (que se convierten

en la sombra de sus hijos para que nada ni nadie pueda dañarles). Lo hacen con buena intención y con mucho cariño, pero, en ese afán por controlarlo todo, acaban anulando la independencia y la autonomía de los críos. Según los expertos, éste es «uno de los mayores errores en la educación de los hijos».

«Los niños con padres sobreprotectores desarrollan menos competencias emocionales y a la larga son más inseguros», advierte la psicóloga Silvia Álava, autora del libro *Queremos hijos felices*.

Javier Urra, ex Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid, constata que el fenómeno de la *hiperprotección* va en aumento. «Los padres están para ayudar a caminar a los hijos, no para vivir por ellos. Doy clases en la universidad y he visto a un padre ir con su hijo, de segundo curso de carrera, a entregar la solicitud de ingreso. 'Es por echar una mano', se justificaba el padre. Pero está haciendo a su hijo incapaz. Si un chico, a esa edad, no sabe gestionar su matrícula, no debería estar en la universidad».

«HIJO, TÚ SOLO NO PUEDES»

MARGARITA MONTES ARRIBAS

Cuando protejo y ayudo a un hijo le mando dos mensajes. El primero es claro: «Te quiero, no me gustaría que te pasara nada malo y por eso te ayudo». El segundo no es tan evidente, pero termina siendo mucho más poderoso y dañino para su desarrollo, autonomía y autoestima: «Te protejo y te ayudo porque tú solo no puedes». Eso es lo que hacen los *padres y madres helicóptero*, que, en su intento de ser los mejores, *sobrevuelan* constantemente la vida de sus hijos, exigiéndoles mucho, pero a la vez sobreprotegiéndoles, solucionando sus conflictos o allanándoles el camino hasta extremos disfuncionales. Michael Jackson o Miley Cyrus son casos de niños famosos con *padres helicóptero*.

Los niños insisten, en cuanto son capaces de comunicarse, en que les dejemos hacer cosas solos. Nosotros sonreímos condescendentemente y decimos: «Pero si eres muy pequeño!». Si queremos guiar a los hijos hacia un futuro en el que se valgan por sí mismos, hay que confiar en sus capacidades, en que pueden superar las adversidades que la vida les traiga. Protegerles es la mejor forma de convertirlos en personas inseguras y temerosas.

Si el mensaje que uno recibe es que «solo no puede», ¿cómo esperar que, por arte de magia, sea a los 18 años una persona segura de sí misma, conocedora de sus capacidades y de cómo resolver

aquellos conflictos que más se le presentan? ¿Se imaginan llevar un coche para hacer un viaje de tres horas sin haber dado una sola clase de conducir?

Nadie lo imagina. Aún así, cuando vean que su hijo va a hacer algo mal, correrán a avisarle, le darán unos segundos y lo resolverán en un santiamén ustedes mismos. Y tan orgullosos. Pero, de nuevo, ¿qué mensaje habrá recibido su hijo?

Mi propuesta es que, en la siguiente ocasión que tengan para protegerles, vengán ese impulso automático, se sienten a su lado (como hace el profesor de autoescuela) y le dejen hacer. Tan sólo actúen si es realmente necesario porque pudiera pasar algo peligroso. Si quieren, pueden decirles frases de aliento: «Hombre qué bien, te ha costado mucho, pero, al final, imira!» o «Mañana podemos volver a practicar, esto es difícil». Cuando trato esto en consulta, muchos padres me dicen: «¿Pero cómo le voy a dejar que se caiga aposta, que se haga daño, que le empujen...?»

Mi respuesta suele ser que la misma fuerza y energía que te da levantarte tú solo tras un empujón es la que te respalda para decirle a ese chico que te deje en paz. Después de tres culeta-zos, la cara de tu hija el día que por fin no se cae del columpio es de triunfo. Porque esas experiencias quedan grabadas en la memoria en momentos en que el cerebro está en pleno desarrollo y cobran dentro del niño tanta fuerza que, si sumamos muchas de esas, tenemos la principal labor de padres –prepararles para la vida– prácticamente resuelta.

Margarita Montes Arribas es psicóloga especializada en infancia y familia.

Complutense y vi cómo los padres llevaban a los chicos a hacer el examen».

¿Y no les da vergüenza a esos jóvenes, muchos de ellos ya mayores de edad, el hecho de ser vistos en público junto a sus progenitores? «Es un perfil de chicos sobreprotegidos», responde Álava. «No se sienten seguros ni se sienten autónomos. No han desarrollado competencias de seguridad y muchas veces son ellos mismos los que les dicen a sus padres: 'No me dejes solo, no me dejes'. Pero hay que dejarles que vuelen».

«Ahora que ha terminado el primer trimestre y vienen las notas, muchos padres hacen lo posible y lo imposible para que sus hijos aprueben, aunque no hayan estudiado. Hasta llegan a justificar ante los profesores, mintiendo delante de los hijos, el que no hayan trabajado lo suficiente. Dicen incluso que han estado malos...», cuenta el pedagogo Jerónimo García Ugarte, profesor desde hace muchos años en un

colegio de la zona norte de Madrid.

«Yo les preguntaría a estos padres: ¿Qué es mejor? ¿Que su hijo de nueve años apruebe el trimestre de Matemáticas o Lengua o que aprenda que no cumplir con sus responsabilidades tiene unas determinadas consecuencias? Al final, la sobreprotección tiene mucho que ver con el modo en que miramos la educación de nuestros hijos. Si miramos solamente a corto plazo, a lo que es mejor para ellos hoy, nos acercamos más a esa sobreprotección. En cambio, si miramos más allá, a lo que será mejor para ellos el día de mañana, cuando tengan que tomar definitivamente las riendas de su futuro, estaremos más cerca de ser cada día mejores padres», reflexiona García Ugarte.

La psicóloga Margarita Montes Arribas reconoce que en su consulta se encuentra a menudo con «situaciones verdaderamente llamativas»: «Abuelas que insisten en venir y contar ellas de primera mano lo que realmente le pasa a su nieto». «La cara que ponen las pobres cuando pido que, de momento, entren únicamente los padres!», exclama.

¿Algún caso especialmente llamativo? El de un ejecutivo de 35 años que pidió una primera cita con Montes. Hacía casi un año que lo había dejado con su novia y él seguía sintiéndose muy triste. Le contó a la terapeuta que sus padres, que vivían en Lugo, insistían en acudir a la sesión. Incluso localizaron el teléfono de la psicóloga y la llamaron. Ella accedió a darles cita a todos. «Pero, en vez de entrar en una infinita discusión sobre la conveniencia de sobreproteger o no a los hijos, pedí a los padres que se quedaran en la sala de espera. Cinco minutos antes de que terminara la sesión, les hice pasar y de forma cariñosa les felicité por el hijo tan estupendo que habían educado. También les agradecí su inestimable apoyo aguardando en la sala de espera, porque el hijo sabía que les tenía cerca.

Les hice saber que podía ser útil si querían volver, a la sala de espera, en las siguientes sesiones».

«En cada momento del crecimiento de la persona, ésta debe pelear por sus propias batallas. Debemos darnos cuenta de que no ayudamos a nuestros hijos dándoles la solución, sino prestándoles el apoyo desde fuera. Si en la adolescencia los chicos no toman decisiones, nunca tomarán la iniciativa y esto producirá disfunciones sociales tremendas en todos los niveles», concluye José Antonio Marina.

